

Mientras duermen las obras inmortales  
de Homero y Fidias, de Marón y Horacio  
bajo los amarillos arenales,

— escombros de quimérico palacio,  
como una ave perdida en el desierto,  
el mundo rodará por el espacio,  
¡ ennegrecido y olvidado y muerto

---

---

VERSIONES.

---

ODA XXVIII DE ANACREONTE.

El Retrato de la Amada.

¡ Oh pintor excelente!  
del arte dueño en la florida Rodas;  
para que pintes a mi ninfa ausente  
vengo a contarte sus bellezas todas:

sus fértiles cabellos  
imiten los plumones de las aves,  
y si la cera lo consiente, en ellos  
de esencias pon los hábitos súaves;

bajo la oscura mancha  
de la melena undívaga y dispersa,  
en grácil línea, de su frente ensáncha  
el ara ebúrnea, luminosa y tersa;

porque la curva ceja  
no se junte a su hermana ni se aparte  
huyendo esquiva su gentil pareja,  
con albo punto sus dominios páрте;

la lumbre de sus ojos  
luz de carbones encendidos sea:  
imíta los de Palas sin enojos  
y el húmedo mirar de Citerea;

deshója en leve taza  
de leche campesina, frescas rosas,  
y mojado el pincel, su nariz tráza  
y de su faz las tintas ruborosas;

en su boca menuda  
finja reclamamos tu inspirado toque:  
incite al beso con palabra muda,  
y a desatar sus pétalos provoque;

de la garganta en torno  
las Gracias juguetonas revolando,  
escuden con sus alas el contorno  
del móvil cuello repulido y blando.

De su carne divina  
muéstrenos tu pincel blanco destello,  
que el ojo tras la púrpura adivina  
el ágil talle inmaculado y bello.

Amor mi labio sella...  
escúcha la esperanza que me enciende:  
¡ya ven mis ojos la simpar doncella  
que de tu claro lienzo se desprende!

## EL COMETA.

(De VÍCTOR HUGO.)

Había dicho él: ¡Tál día reaparecerá el astro!  
¡Qué algazara! Venere usted a Zoroastro,  
a Vischnú o a Baal; ríndale a Brahma culto,  
afirme por el hierro y el fuego y el insulto  
al ídolo sin forma que vaga en las alturas,  
y a todos los Supremos de célicas figuras,  
varados en nuestra alma sombría, y en la arena  
de Dios, abismo donde la verdad flota, llena  
de luz, y dulcemente se va tornando ensueño;  
sobre San Babolein o sobre la Quimera  
sea fúnebre y absurdo tanto como usted quiera;  
diga que usted vió un día pasar entre reptiles  
y águilas, por los aires, los mágicos perfiles  
de casas que unos ángeles cargaban mansamente;  
diga que por haber mirado en la corriente  
flotar de ciertas diosas la desnudez radiante,  
convirtiósese un audaz en un venado errante;  
crea usted en todo, en duendes, en faunos, y en de-  
monios  
que llevan al Dios pálido al Monte, testimonios  
de Bonzo en el Tonkín o mago en las Caldeas,  
aduzca usted, y empeñe bravísimas peleas  
por defender a Leda su olímpico embarazo,  
y afirme que los Cisnes dejan sobre el regazo  
de las vírgenes, presas de su pasión, infantes;  
¿quién sondea la vida con tan sagaz mirada  
que del misterio horrible pueda decirnos nada?

Fuera del sacro yugo, del altar conocido,  
del templo popular y del Dios permitido,  
— cuyos ritos prosigue perpetuando el ejemplo—  
fuera del pseudo-cielo que se adapta a ese templo,  
¡ nada es cierto!

¿ Hay, acaso, algo más inaudito  
que el soñador que inquiere del misterio infinito  
de los cielos sin lindes do vagan las estrellas,  
el relato preciso de todas sus querellas?  
Que quiere de la sombra y el abismo profundo  
averiguar las cosas más extrañas del mundo:  
cuándo madruga un astro, qué día un sol se esconde,  
y que para alumbrar la inmensidad en donde  
Sirio destrenza el haz de su cabello blondo,  
enciende su candil y dice: ¡ ya ví el fondo!  
¿ Puede imbecilizarse hasta tal punto un gusano?  
¡ Sí! Cardán de Pavía e Hiceta el Siciliano  
extravagantes fueron, mas entre soñadores  
que trasnochen espiondo los nocturnos fulgores,  
¿ será posible exista uno que nos prometa  
el regreso de un monstruo desbocado, el Cometa?  
El Cometa es un mundo incendiado que rueda  
furioso, más allá del éter, y remeda  
con su cauda sangrienta la hoja de una espada;  
¿ no está clara esa fuga ciega y desatentada?  
¡ o es acaso un infierno que huye buscando el Cielo!  
¡ Ah! pero tiene puerta, y usted ¡ oh afortunado!  
la vió, y hasta una llave para abrirla ha forjado.  
Como de un puente vemos huir el agua abajo,  
mira usted aquel viaje, lo sigue sin trabajo;  
contempla usted de lejos esa siniestra casa  
y sabe justamente lo que dentro ella pasa;

¡ vióla evadirse y luego volar por los confines!  
Lo que Jesús no supo, lo que los querubines  
ignorán, lo que guarda la eterna Omnipotencia  
¡ velo usted! — en los ojos vaga fosforecencia,  
pensativo, parécele decir ya: “ bienvenido,  
sea a nuestra negra sima, señor desconocido!”  
¡ Sabe usted el total cuando Dios echa el dado!  
Este astro es, pues, su astro a quien tiene vedado  
atrasarse siguiendo rutas embrolladoras  
y perder mucho tiempo; ¡ las de usted son sus horas!  
¡ Ah! ¡ sabe usted el ritmo de la noche callada!  
Precisa que el volcán de sien desmelenada  
que huye, que esa hidra, terror del Sagitario  
y de la Osa, súbito trueque su itinerario  
al recordar la cita que usted le diera un día  
que por haberle, al modo que a la esposa el esposo,  
dado noches al álgebra árida, sin reposo,  
y atento al cenit como al dogma el sacerdote,  
haya palidecido sobre el perenne brote  
de números que a Hermes y a Euclides las miradas  
rbaron entre el frío de noches olvidadas;  
se juzga usted ya dueño de todos los planetas  
y las profundas zonas, con entradas secretas  
a aquella horrible jaula do tiemblan los luceros  
para, con una cifra escoltada de ceros,  
subir, y tras las barras pesadas de esas rejas  
estrellas vagabundas asir por las guedejas!  
Conoce usted los hábitos del hosco meteoro  
y registra sus menguas, regula albas de oro,  
sube la etérea escala, trepa sobre arboles,  
y pasea tranquilo la cueva de los soles,  
¡ o pulsa usted el cielo como su lira Orfeo!

Por la gracia de infolios que sirven de recreo  
al bohemio, en los diques, expuestos en verano,  
y que la brisa hojea con distraída mano,  
usted, átomo o buho que todo mal presagia,  
de parte de Bezout, de X o Y griega, magia  
de infames garabatos que colman su granero,  
¡usted al Infinito logró hacer prisionero!  
Ya, con audaz hipótesis, lo ligó a su carruaje,  
¡usted lo sabe todo! cuánto demora un viaje  
de luz entre las lindes extremas del arcano,  
lo que en el Caos bulle con germinar de grano.  
El Boyero, el León, el Perro, los Dioscuros,  
la posibilidad de los choques oscuros,  
el empero doquiera por mil juegos cruzado,  
los círculos que hiciera un Satán atediado  
escupiendo en los pozos del abismo, el reflujó  
del torbellino eterno cuyo divino influjo  
estremece los mundos como el Austro al abeto:  
¡usted lo ha registrado todo en su mamotreto!  
Guía usted los viajeros del bosque de los astros,  
usted mucho más hondo vió que los Zoroastros  
y Esdrás, el camarada de las sacras encinas:  
y domeñó el prodigio de formas peregrinas.  
De usted es el Cometa y usted es ya su Papa,  
ya le ató de la garra, de su cuerda no escapa  
esa ave misteriosa que espanta, desde el cielo  
la hará usted descender de un tirón, hasta el suelo...  
¡Londres, ábre tu Bedlam! ¡París, tu manicomio!  
pues todo eso cayó sobre Halley.

Videntes,  
hijos de Prometeo, que en las rocas ardientes

rendís, como él al pico de los buitres burlones  
toda la noble savia de vuestros corazones,  
una misma cadena vuestras plantas fatiga.  
Un Cáucaso de odio da el hombre al que investiga.  
Arde sin tregua Empédocles sobre el volcán hirviente,  
todos los soñadores marcados en la frente,  
cuelgan de la picota o agonizan atados  
al poste que sujeta los genios y los locos.  
Sin duda que ese Halley hubiese, como pocos,  
merecido que Roma lo hundiera en la Cloaca,  
pues, o fue un grande impío, o lo que es peor, ¡un  
raca!

Jamás hombre aquí abajo vió su suerte fallada  
con una más sonora y horrible carcajada:  
sobre él escupen todos, el sandio, el estudioso  
y hasta la negra boca del clérigo furioso.  
¡Cómo! ¡ese hombre sabía lo que la Biblia ignora!  
Es la burla una a modo de cúpula sonora  
sobre una frente, y brota de ese siniestro muro  
una voz de mil ecos que llena un cráneo oscuro,  
y así la risa, máscara infame de frío labio,  
logra cambiar en loco a quien antes fue un sabio.  
Y Halley, taciturno, y huyendo de la gente  
se ocultó no sé dónde. ¿Era sabio o demente?  
¡Lo ignoro! pero es cierto que dobló la cabeza  
bajo el sarcasmo, racha de tempestad aviesa,  
y que bajó los ojos que siempre tuvo en alto.  
Los desnudos chicuelos tras él con fiero asalto  
le seguían doquiera, y en la calleja oscura,  
cuando al caer la tarde se aventuraba, impura  
turba gritaba: ¡es él! y castigar quería  
¡al hombre que de lejos vió el Astro que venía!

¡ Es él, el loco! y entre turbas amotinadas  
pasaba entre una lluvia de injurias y pedradas!

Murió.

La sombra es grande y el silencio se impuso.  
El hombre a quien el mundo desprecia es un recluso:  
lo evitan mientras vive, lo borran cuando muerto.

Ese negro vencido cayó en el lago yerto  
de la Naturaleza. El era el que camina  
a la luz de una tarde glacial y mortecina.  
Lo echaron en un sitio cualquier de la pradera  
cabe una iglesia oscura, mendaz o verdadera,  
y la ironía pálida en torno a aquel retiro  
revoloteó unos días a modo de vampiro.

Un muerto no entretiene a las almas joviales,  
ni un ataúd burlado perturba a los mortales.  
Lo que gusta es la sangre que brota de la herida.  
Contra lo que no existe, vana es la acometida:  
y cuando el hombre ha muerto, ¿de qué sirve matarle?  
al fantasma de sombra, ¿para qué asesinarle?

Se extinguió el odio como cualquiera vocería,  
y dejaron ya quieto, por fin, al que dormía.  
Tú le diste regazo, piadosa sepultura,  
y él, juguete de vivos, cayó por la abertura  
de lo ignoto, silencio, sombra do abre su broche  
la vasta paz siniestra difundida en la Noche.  
La yerba, esa mortaja, y el olvido, ese helado  
crepúsculo, cubrieron el sepulcro burlado.  
El olvido es el fin taciturno, y el nombre  
fue olvidado; el vidente y el soñador y el hombre  
todo pasó, y el giro de cálculos audaces  
que seguían el vuelo de los astros vivaces,  
soles a quien el fuego de las cifras anima.  
Las zarzas comenzaron a retoñar encima...

Un nombre es un guiñapo que los hombres rompieron  
y que desfleca el viento.

Treinta años transcurrieron.

Se vivía... Entre tanto ¿qué hacía el vulgo? Se ignora.  
Ya nadie recordaba la frente pensadora  
del viejo soñador que velaba la ortiga.  
Súbito, cierta noche de negrura enemiga,  
a la hora en que enmudece bajo un sudario el mundo,  
surgió una claridad confusa en el profundo  
abismo de los cielos (era el año anunciado  
y predicho) a la cima de un monte agigantado  
primero, y luego sobre la sien de todo monte,  
bajó un reflejo extraño del lívido horizonte,  
como cuando una antorcha ronda detrás de un muro.  
Y la blancura aquella se hizo luz, y en el puro  
azul se tornó púrpura, y miraron los ojos  
atónitos del hombre brotar los haces rojos  
de una soberbia aurora que subió en el espacio,  
formidable, por grados, con un andar despacio;  
las yerbas de esos negros sitios do el hombre amante  
gime, se estremecieron todas aquel instante.  
Y repentinamente, como espectro que hiciera  
su aparición en medio de una casa, la hoguera  
inflamó los abismos del adusto horizonte;  
y llenó con su cauda los espacios desnudos,  
un resplandor monstruoso de los ámbitos mudos,  
y en el fondo de un cielo diáfano, como hoy,  
aquel astro espantoso dijo al hombre: ¡AQUÍ ESTOY!

Mayo de 1910,

PODER IGUAL BONDAD.

(De VÍCTOR HUGO.)

En el principio, Dios vió en el espacio, un día,  
a Eblis: — ¿Gracia pides? al ángel que venía  
le dijo Dios, y el Malo contesta: — ¡Nó! — Responde,  
dícele el Sér, ¿qué quieres? Y el monstruo que se esconde  
tras un manto de sombras, le grita: — Mi respuesta  
pregona un desafío que puede ser apuesta:  
la de crear el ente más hermoso que exista.  
Y dijo Dios: ¡consiento! Pues bien, gruñe el artista  
rebelde, yo transformo tu obra con mi mano,  
fecunda tú mis dones con soplo soberano,  
para que cada uno, con su genio potente,  
transfigure el objeto que el otro le presente.  
— ¡Sea! ¿qué necesitas? Píde, le dijo el amo.  
— Del corcel la cabeza y los cuernos del gamo.  
— Tómalos. Mas el monstruo se detiene, medita  
y — prefiero los cuernos del antílope, grita.  
Vé, tómalos. Después Eblis va a su antro; suena  
la forja; alza la frente. — ¿Terminó tu faena?  
¡Nó! ¿Y aún más? dice el Sér, y contesta el rampante:  
— Envidio el cuello al toro y el ojo al elefante.  
— Tómalos. Necesito, agrega el insolente,  
con el vientre del Cáncer, anillos de serpiente,  
del avestruz las patas, los muslos del camello.  
— Tómalos. Como abeja en panal, con resuello  
anhelante, al demonio por el antro se oía  
ir y venir moviendo toda la ferrería.

Ningún ojo lograba mirar tras la negrura  
lo que hacía en el fondo de aquella cueva oscura.  
De repente, mirando al Sér, Eblis aulló:  
— Dáme el color del oro. Dios dijo: — Tomaló.  
Y gruñendo, acezando como buey que degüellan,  
forja Satán: las fraguas colosales resuellan;  
corta con el cincel, pincha con las tenazas;  
abren sus rojas fauces las ávidas hornazas,  
y sin cesar retiemblan quellas oquedades.  
De los martillos brotan chispas y tempestades,  
ya sus ojos simulan dos carbones en llama,  
y ruge; el fuego, en olas, de su nariz derrama  
cual las aguas que ordenan a la grulla que emigre,  
Dios le dijo: — ¿Más quieres? — Quiero el salto del tigre.  
Tómalo. Eblis se yergue dentro su madriguera  
y grita al huracán: ¡vén a soplar mi hoguera!  
Arde todo. El sudor mana de la figura  
del monstruo que se tuerce; bajo la arcada oscura  
una siniestra lumbre sólo miran los ojos,  
que al forjador perfila con lineamentos rojos.  
Ayudábale el viento por ser demonio mismo,  
y Dios, de lo profundo del sideral abismo,  
dijo al paria: — ¿Qué más? Y él, con melancolía,  
alzando la gigante cabeza: — Todavía  
quiero el pecho del león y del águila el remo;  
y Dios soltó del fondo del tesoro supremo,  
al obrero de orgullo, de envidia y de despecho,  
las dos alas del águila y del león el pecho.  
Y reasumió el rebelde su trabajo truncado.  
¿Qué hidra estará haciendo? dijo el Cielo estrellado;  
y el mundo, grave, inquieto, esperaba anhelante  
al coloso que iba a engendrar el gigante.

Súbito deja oírse, bajo el nocturno olvido,  
cual de un postrer esfuerzo el último acecido.  
El Etna, fosca fragua del forjador maldito,  
se inflama, en dos se hiende la cueva de granito,  
y al resplandor del fuego voraz que no se agosta,  
de las manos de Eblis da un salto la langosta.  
Y el Réprobo espantable y alado, pero cojo,  
vió su obra, y, al verla, no padeció sonrojo:  
que el aborto es el fruto perenne de la sombra;  
sacó a medias el cuerpo d'entre la roja alfombra,  
y, cruzando los brazos, con voz provocadora,  
gritó en el infinito: — ¡Maestro, el turno ahora!  
Y el avieso que tienta a Dios mismo, al instante  
le dice: — Tú me diste avestruz, elefante  
y oro para dorar, y lo que hay de más bello,  
el caballo, el león, el toro y el camello,  
el antílope, el águila y el tigre y la serpiente:  
transfórmame tú ahora lo que yo te presente.  
He aquí cuanto poseo. Te lo entrego. ¡Recíbe!  
Y Dios, que al ver lo negro diafanidad percibe,  
tendió la inmensa mano que luz invicta baña,  
a la sombra, y el Malo le presentó la araña.  
Y Dios tomó la araña y la soltó entre el giro  
del vórtice anterior al cielo de zafiro;  
y se puso a mirarla con amor. La pupila  
formidable vertía su claridad tranquila.  
El monstruo, diminuto como una mancha informe,  
súbito fue creciendo, creciendo, y se hizo enorme,  
y Dios lo contemplaba con su mirar sereno.  
Cual un amanecer yerra sobre esa forma  
vil; en un ígneo globo, su vientre se transforma,

y las patas — trocadas sus falanges nudosas —  
se alargan por las sombras en hebras luminosas.  
Y al levantar los ojos, el Padre del Pecado  
se inclinó ante el abismo de sangriento arrebol,  
¡porque Dios de la araña había formado el Sol!

---



PANFILA.

(De GABRIELE D'ANNUNZIO.)

Ya que el amor que brinda nuestra esfera  
no consigue aplacar en el artista  
ese orgullo viril que no tolera  
ni el rastro de una sombra pasajera,  
que pueda oscurecerle su conquista;

ya que la hembra, para siempre impura,  
su vergonzosa herida siempre abierta  
llevará, en el orbe sin ventura  
nunca hallaré la femenil creatura  
jamás por los humanos descubierta:

hoy el poder oculto de mi sueño,  
por atediarne sin piedad evoca,  
como un refugio, con tenaz empeño,  
a la amada de todos, al risueño  
numen que a todo amor tendió su boca

ya en los mórbidos lechos perfumados  
o en las encrucijadas del camino,  
donde por la pasión arrebatados  
acudieron marinos y soldados  
inmundos, tambaleándose de vino;

la que en el amplio lecho de caoba  
fue de duques y príncipes un día,  
y entre el tibio silencio de la alcoba  
su veneno letal, pérfida loba,  
en las más ricas sangres infundía.

Ella que del afeite con los brillos  
restauró su mejilla fatigada  
y consteló su pecho de cintillos  
de eterna claridad, y con anillos  
hizo su mano exangüe más pesada.

Por todas partes de caricias llena  
y gozada de todos, del mendigo  
y el amo que a sus gracias se encadena,  
para mí su beldad, venga conmigo  
la última flor de tu jardín, ¡oh Helena!

Todo el encanto de la edad pasada,  
con sus dulces misterios soberanos,  
la circuyen de luz, como a la amada  
que ante los muros de Ilión sagrada  
vieron resplandeciente los troyanos.

A esa amaré, sobre su carne impura  
recogeré todo el deseo terreno,  
todo el amor conoceré del mundo,  
por sus ojos veré la nada oscura,  
y entre la gruta estéril de su seno  
oiré latir su corazón profundo.

Y besaré sus manos, esa mano  
experta que en la faz de los pilotos  
acarició con mimo soberano  
la barba de que en día ya lejano  
se cubrieron en piélagos ignotos;

o lentas erizaron con blandura  
los cabellos de algún meditabundo,  
si rendido de sueño, por la altura  
de los grandes silencios, sombra pura  
divagaba su espíritu errabundo.

Sus manos besaré do inmateriales  
palídeces fijaron los ungüentos,  
y besaré sus dedos musicales  
que vertieron tal vez las inmortales  
cadencias de una lira por los vientos

de Helenia, o en tus playas rumorosas  
¡oh Lesbos! donde en vívida maceta  
embalsamaban las desnudas rosas  
a las tiernas amigas voluptuosas  
de Safo, los cabellos de violeta.

Las venas más azules de sus brazos  
las besaré con ávida locura,  
y, en silencio, mis férvidos abrazos  
a aquella boca de divinos trazos  
arrancaránle la palabra impura,

más lasciva que el beso; del olvido  
rescataré los nombres delirantes  
con que arrulló mil veces el oído,  
entre un grito de gozo y un gemido,  
en horas de pasión a sus amantes.

Y entre sus labios de encendida grana  
beberé lentamente, gota a gota,  
el jugo de la blonda cortesana,  
do gustaré la esencia más remota  
que perfume la selva más lejana.

Y la amaré, sobre su carne impura  
recogeré todo el deseo terreno,  
todo el amor conoceré del mundo,  
por sus ojos veré la nada oscura,  
y entre la gruta estéril de su seno  
oiré latir su corazón profundo.

## MUJERES.

(De GABRIELE D'ANNUNZIO.)

Ha habido mujeres serenas  
con ojos claros, infinitas  
en su mudez, cual la llanura  
que atraviesa un río de agua pura.

Ha habido mujeres con visos  
dè oro;  
del estío y del fuego rivales,  
semejantes  
a aquellos trigales  
luxuriantes,  
que no ha herido la hoz con su diente  
pero que arden por dentro con fuego  
sideral bajo un cielo inclemente.  
Y mujeres ha habido tan leves,  
que una sola palabra, una sola,  
tornólas esclavas,  
como suele la diáfana reja  
de una copa invertida, a l'abeja.

Y las hubo de cárdenas manos  
que, al tocar una pálida frente,  
disiparon las duras ideas  
suavemente.

Y otras cuyas manos exangües  
y elásticas, con giros lentos  
aparentaban insinuarse,  
cual una urdimbre rara y fina  
en que las venas fuesen hilos  
de vibración ultramarina.

Y otras pálidas y marchitas  
y devastadas por los besos,  
ardidas en fuego amoroso  
hasta la médula de los huesos;  
consumida la faz ardiente  
en las enormes cabelleras;  
con la nariz movible como  
a impulso de inquietas aletas:  
con los labios abiertos como  
tras palabras que se dijeron;  
con los párpados lívidos como  
las corolas de las violetas.

Y, todavía, otras ha habido  
y, maravillosamente,  
yo también las he conocido...

### UN SUEÑO.

(De GABRIELE D'ANNUNZIO.)

Estaba muerta, sin calor. La herida  
era visible apenas en el flanco:  
¡ estrecha fuga para tanta vida!

El lienzo funeral no era más blanco  
que el cadáver. Jamás humana cosa  
verá el ojo, más blanca que aquel blanco.

Ardía Primavera impetüosa  
los cristales, do cínifes inermes  
golpeaban con ala rumorosa...

Huyó de Ella el calor. Yo dije: ¿ Duermes?  
Con un salvaje sonreír violento  
más cerca repetíle: ¿ Duermes? ¿ Duermes?

¿ Duermes? Y al recordar que aquel acento  
no era el mío, me crispo de pavura.  
Escuché. Ni un murmullo, ni un acento.

Cautivo de la roja arquitectura,  
se dilatava en el bochorno un fuerte  
olor a destapada sepultura.

El hálito invisible de la muerte  
me estaba sofocando en la cerrada  
habitación. A la mujer inerte,

¿ Duermes? la dije. ¿ Duermes? Nada, nada...  
El lienzo funeral no era más blanco.  
Sobre la tierra de los hombres, ¡ nada  
verá el ojo, más blanco que aquel blanco!...

### ANIMAL TRISTE.

(De GABRIELE D'ANNUNZIO.)

¡ Cesad! que ya la música mi espíritu fatiga,  
y el ideal me cansa como nos cansa una  
bebida cuya fuerza se dispó, ninguna  
ficción, ninguna magia mi laxitud mitiga.

¡ Con cuánto afán, al carro, la Juventud se liga,  
que llevan los Amores y rige la Fortuna;  
no importa que sea móvil la hembra, cual la luna:  
será la misma siempre, ya ébano o espiga!

Otoños y veranos, inviernos, primaveras,  
interminables horas sombrías, lastimeras,  
a vuestra gris imagen mis tedios van unidos,

el indecible tedio de ver sobre la frente  
un cielo siempre el mismo, clemente o inclemente:  
¡ ah! ¡ quién pudiera darme otros nuevos sentidos!

## LAS MANOS.

(De GABRIELE D'ANNUNZIO.)

¡ Oh manos de mujeres encontradas  
una vez en el sueño o en la vida :  
manos, por la pasión enloquecida  
opresas una vez, o desfloradas  
con la boca, en el sueño, o en la vida !

Frías, muy frías algunas, como cosas  
muertas, de hielo ( ¡ cuánto desconsuelo ! )  
o tibias cual extraño terciopelo,  
parecían vivir, parecían rosas :  
¿ rosas de qué jardín de ignoto suelo ?

Nos dejaron algunas tal fragancia  
y tan tenaz, que en una noche entera  
brotó en el corazón la primavera,  
y tanto embalsamó la muda estancia,  
que más aromas el Abril no diera.

Otra, que acaso ardía el fuego extremo  
de un alma ( ¿ dónde estás, oh breve mano  
intacta ya, que con fervor insano  
oprimí ? ) clama con dolor supremo :  
¡ tú me pudiste acariciar no en vano !

De otra viene el deseo, el violento  
deseo que las carnes nos azota,  
y suscita en el ánimo la ignota  
caricia de la alcoba, el morir lento  
bajo ese gesto que la sangre agota.

Otras ( ¿ aquéllas ? ) fueron homicidas.  
maravillosas en engaños fueron :  
de Arabia los perfumes no pudieron  
endulzarlas, hermosas y vendidas  
cuántos ¡ ay ! ¡ por besarlas perecieron !

Otras ( ¿ las mismas ? ) de mármóreo brillo  
y más potentes que la recia espira,  
nos congelaron de demencia o ira,  
y las sacrificámos al cuchillo,  
(y, ni en sueños, la manca se retira.

Vive en el sueño inmóvilmente erguida  
la atroz mujer sin manos. Junto brota  
fuente de sangre y sin cesar rebota  
el par de manos en la enrojecida  
charca, sin salpicarse de una gota).

Otras, como las manos de María,  
hostias fueron de luz vivificante,  
y en su dedo anular brilló el diamante  
entre la augusta ceremonia pía :  
¡ jamás sobre los rizos del amante !

Otras, cuasi viriles, que oprimímos  
con pasión, de nosotros la pavura  
arrebataron y la fiebre oscura,  
y anhelando la gloria, presentímos  
iluminarse la virtud futura.

Otras nos produjeron un profundo  
calofrío de espasmos sin iguales ;  
y comprendímos que sus liliales  
palmas podrían encerrar un mundo  
inmenso, con sus Bienes y sus Males.

¡ Oh alma, con sus Bienes y sus Males !

### EL ALBATROS.

(De CHARLES BEAUDELAIRE.)

Suelen, por divertirse, coger los tripulantes  
el albatros, un ave de recias plumas largas,  
silente compañero de los buques errantes  
que sigue las estelas por las ondas amargas.

En pie del barco móvil entre carbón y escalas,  
esos cautivos hacen tristísima figura:  
sin gracia colgar dejan las plumas de las alas,  
cual desprendidos remos de lívida blancura.

¡Qué pánfilo y maltrecho el viajador alado,  
tan ágil en los tumbos! ¡qué desmañado y feo!  
sus iras un marino le excita por un lado,  
los otros, cojeando, remedan su meneo.

Si reta a las tormentas y el arco desafía,  
tú, bardo, te asemejas al príncipe del mar:  
en medio de los hombres y su vocinglería,  
tus alas gigantescas te impiden caminar.

### EL RETRATO.

(De CHARLES BEAUDELAIRE.)

Trocaron en ceniza, la muerte y los dolores,  
la luz que a nuestras almas prestó su fuego santo:  
de aquella boca en llamas, prisión de mis amores,  
de aquellos tiernos ojos que me dijeron tanto!

de aquellos blancos besos, más dulces que las flores,  
de aquellos goces íntimos que hicieron nuestro encanto,  
¿qué queda?... ¡pobre niña! ¡pobre alma! los horrores  
de un croquis a tres lápices, de palidez y espanto,

que, como yo, deshace sus formas, solitario,  
y a quien el Tiempo —viejo de puño sanguinario —  
flagela con sus alas para tornarlo escoria...

¡Oh bárbaro asesino del Arte y de la Vida,  
no matarás el alma donde quedó esculpida  
la virgen que hizo un tiempo mis dichas y mi gloria!